

*Ignasi Moreta*

CONVERSACIONES  
CON EL BIBLISTA  
JOSEP RIUS-CAMPS

FRAGMENTA EDITORIAL

## ÍNDICE

Título original	CONVERSES AMB JOSEP RIUS-CAMPS
Publicado por	FRAGMENTA EDITORIAL, S.L. Plaça del Nord, 4, pral. 1.ª 08024 Barcelona www.fragmenta.es fragmenta@fragmenta.es
Colección	FRAGMENTOS, 29
Primera edición	NOVIEMBRE DEL 2014
Producción gráfica	INÈS CASTEL-BRANCO
Impresión y encuadernación	ROMANYÀ VALLS, SA
© 2014	JOSEP RIUS-CAMPS E IGNASI MORETA por el texto
© 2014	IGNASI MORETA por la traducción del catalán
© 2014	FRAGMENTA EDITORIAL por esta edición
Dipòsit legal	B 21.376-2014
ISBN	978-84-15518-06-8

 Generalitat de Catalunya  
Departament de Cultura Con el apoyo del Departament de Cultura

 **institut  
ramon llull**  
Lengua y cultura catalanas La traducción de esta obra ha contado  
con una ayuda del Institut Ramon Llull

PRINTED IN SPAIN

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS

El erudito apasionado: dialogar con Josep Rius-Camps	7
I Más allá del cuerpo	13
II Los inicios: Esparreguera, Barcelona, La Conreria	31
III La tesis doctoral: Roma y Münster	55
IV Regreso a Cataluña	79
v El patrólogo: Ignacio de Antioquía	87
VI Los años carismáticos: dos experiencias cumbre	103
VII Primer excursio sobre Jesús	145
VIII El biblista: la obra de Lucas	183
IX Segundo excursio sobre Jesús	201
x El eremita: Sant Pere de Reixac	243

## EL ERUDITO APASIONADO: DIALOGAR CON JOSEP RIUS-CAMPS

SOSPECHAMOS DEMASIADO rápido de los que se mueven entre libros, conversando con los difuntos. Que hay estudiosos enormemente aburridos es una evidencia. Pero que la asociación que establecemos a menudo entre erudición y aburrimiento es injusta, lo acreditan personalidades tan inclasificables como Josep Rius-Camps.

Nacido en Esparreguera el año 1933, cuando era pequeño su familia se trasladó a Barcelona, a la rectoría y capilla desahogada que hoy ocupa la librería La Central del Raval. Ordenado sacerdote, amplió estudios en Roma y, posteriormente, en Alemania, donde permaneció nueve años. La universidad alemana le ofrecía un futuro prometedor, pero Rius-Camps terminó añorando el Mediterráneo y decidió volver a Barcelona. Se integró en la Facultad de Teología de Cataluña, donde ha impartido docencia desde entonces.

Los azares de la vida llevaron a Rius-Camps a instalarse en la ermita de Sant Pere de Reixac, en una comunidad constituida por varias monjas y sacerdotes. Ahí vive desde entonces, cultivando cientos de rosales y descifrando códices multiseculares. Cada domingo, sus seguidores y amigos, llegados de toda Cataluña, se reúnen en Reixac para celebrar la misa

con él y escuchar sus homilías, eruditas y espontáneas al mismo tiempo. Su carisma es tan palpable como difícil de describir: brillantez intelectual, profundidad espiritual, riqueza discursiva, calidez humana, libertad interior, son algunos de los rasgos que permiten caracterizar, por simple aproximación, un carisma imposible de explicar con palabras.

Como investigador, Rius-Camps es muy crítico con los colegas que se limitan a hacer buenos estados de la cuestión, puros refritos de lo que han hecho los demás, sin ambición investigadora, sin ir a las fuentes, sin aportar nada nuevo. De hecho, cuando Rius-Camps investiga un tema, suele desmontarlo por completo. Le pasó con Ignacio de Antioquía: la crítica textual aplicada a los textos de Ignacio le permitió identificar numerosísimas interpolaciones al texto, con lo que demostraba que la exaltación del poder del obispo que siempre se había puesto en boca de Ignacio no provenía del obispo de Siria, como él mismo se autodenomina, sino de sus copistas y mixtificadores. Cuando presentó las conclusiones de su investigación en un congreso de patrólogos, alguno estuvo a punto de llorar: Rius-Camps les desmontaba todo el edificio al que habían dedicado su vida.

De la patrística, Rius-Camps pasó a la Biblia. Se dio cuenta de que las ediciones críticas de los Evangelios incluían siempre la referencia, en el aparato crítico, de un copista aparentemente caprichoso, el del Códice Beza, que contiene los cuatro Evangelios y los Hechos de los Apóstoles en griego y en latín. Allí donde casi todos los códices concordaban, la página griega del Códice Beza ofrecía una lección discordante. Rius-Camps se sentía incómodo con la tesis que sostiene que las excentricidades del Códice Beza obedecen al capricho del copista de turno. Ese código no presenta un texto

contaminado ni edulcorado: al contrario, da un texto más rudo, más realista, más primitivo. La tesis de Rius-Camps se iba perfilando: era el Códice Beza lo que las ediciones modernas de la Biblia deberían adoptar como texto base de sus ediciones. Solo una prueba: los copistas sabían latín, pero no griego. Por ello, la página griega del Códice Beza es más primitiva: los copistas no la podían contaminar porque no la entendían y se limitaban a transcribir el modelo.

En el año 1994, en un congreso internacional sobre el Códice Beza, Rius-Camps conoce a Jenny Read-Heimerdinger, una biblista y lingüista inglesa que había llegado a conclusiones muy parecidas a las suyas, y esto sin haberse leído el uno al otro. En aquel momento, acuerdan poner su trabajo en común. Desde entonces, han redactado juntos un magno comentario a los Hechos de los Apóstoles (publicado en cuatro volúmenes en inglés y en dos volúmenes en castellano) y la *Demostración a Teófilo*, una edición del Evangelio de Lucas y de los Hechos de los Apóstoles siguiendo el Códice Beza que publicamos en *Fragmenta* en catalán (2009) y en castellano (2012), y que T&T Clark ha publicado en inglés (2013). Rius-Camps y Read-Heimerdinger recibieron el Premio Ciutat de Barcelona por aquella traducción del griego antiguo al catalán.

Josep Rius-Camps se ha atrevido también con el género novelesco. En *Diari de Teòfil* (*Fragmenta*, 2011) dio forma narrativa a sus hipótesis sobre la autoría y el destinatario del Evangelio de Lucas y de los Hechos de los Apóstoles. En síntesis: hasta ahora, todo el mundo decía que el Evangelio de Lucas y los Hechos de los Apóstoles eran dos obras diferentes de un mismo autor, un médico pagano que dirigiría el texto a un desconocido Teófilo. Rius-Camps y Read-

Heimerdinger opinan de forma distinta. Lucas es un rabino judío y escribe una sola obra, la *Demostración a Teófilo*, que la tradición nos ha legado dividida en dos partes: Evangelio y Hechos de los Apóstoles. Esta obra la escribe Lucas por encargo de Teófilo, sumo sacerdote del Templo de Jerusalén e hijo de Anás y cuñado de Caifás, los miembros del sanedrín que condenó a Jesús de Nazaret. Teófilo, con el peso que supone pertenecer a una familia sacerdotal con esta responsabilidad en la muerte de Jesús, encarga a un experto de la época (el rabino Lucas) un informe sobre el tal Jesús. En su informe, Lucas demuestra a Teófilo que, efectivamente, el Jesús condenado por su padre y su cuñado era el Mesías de Israel. Con la *Demostración a Teófilo* de Rius-Camps y Read-Heimerdinger, se restituía por primera vez la unidad del texto y se contextualizaba adecuadamente.

Si las investigaciones sobre Ignacio provocaban las lágrimas de los patrólogos tradicionales, las investigaciones sobre Lucas de Rius-Camps no han sido menos impactantes entre los biblistas. Ahora bien, la reacción de muchos de ellos ha sido el silencio condescendiente, la ironía perdonavidas («Rius-Camps ha publicado una novela»; «¿Otra?»)... Pequeñas miserias propias de todos los gremios. Rius-Camps no pierde ni un minuto en lamentarse por ello: «Si se lo destruyes todo, no puedes pretender que encima te aplaudan...» Cabe decir, en honor a la verdad, que sus colegas de la Facultad de Teología de Cataluña lo homenajearon en el año 2010 con la publicación de un número misceláneo de la *Revista Catalana de Teologia* (fundada por el propio Rius-Camps en 1976) que incluye una completa semblanza del homenajeador redactada por Joan Ferrer y una bibliografía exhaustiva de su producción científica.

Los amigos de Rius-Camps somos testigos del entusiasmo con el que emprende todas sus investigaciones. Cuando preparábamos la edición de la *Demostración a Teófilo*, a menudo me telefoneaba para modificar una nota a pie de página porque acababa de darse cuenta de un detalle en una partícula del texto (un vulgar artículo, una minúscula preposición...) que lo obligaba a cambiar toda una interpretación. Rius-Camps nunca se conforma con los resultados que ha alcanzado: siempre está dispuesto a continuar investigando y a alterar lo que ha escrito para ajustarse al máximo a la verdad. Hace unos años subí a Reixac con el periodista Lluís Amiguet, que le quería hacer una entrevista para «La Contra» de *La Vanguardia*; a lo largo de la conversación, Rius-Camps no se limitó a resumir sus investigaciones: indagador infatigable, mientras se explicaba, iba repensando (y, por tanto, descubriendo y rectificando) su discurso, para desesperación del periodista, obligado después a resumir ese discurso serpenteante para el lector de *La Vanguardia*. En definitiva: un investigador entusiasta y apasionado las veinticuatro horas del día.

Este libro es el resultado de una serie de largas entrevistas realizadas a Josep Rius-Camps. Marina Vallès se responsabilizó de la ardua tarea de transcripción de las grabaciones. A partir de esa transcripción, era preciso revisar el texto entero, reordenando ligeramente los materiales y suprimiendo algunas repeticiones. El paso de la lengua oral a la escrita siempre genera distorsiones. No hablamos como escribimos, y toda transcripción de un texto oral mantiene marcas propias de la oralidad. Mantenerlas todas con fidelidad notarial generaría un texto ilegible. Pero suprimirlas todas por mor de la adaptación a la escritura supondría pagar un tributo demasiado

alto a la perfección formal, con la consiguiente pérdida de la espontaneidad propia del discurso oral. Hemos buscado, como se suele hacer en estos casos, el no siempre fácil camino intermedio. Así, a pesar de la ligera reordenación de los materiales, hemos mantenido al máximo el hilo de un discurso que muy a menudo no es ni lineal ni cronológico, que se abre a digresiones que tienen tanto interés como el hilo que interrumpen, y que contiene repeticiones que son —de hecho— insistencias y ampliaciones, nunca simples reiteraciones.

Los libros publicados hasta ahora por Josep Rius-Camps dan fe de los resultados de sus investigaciones, pero no detallan ni la riqueza de una vida nada convencional, ni su manera de investigar, ni sus intuiciones en torno a temas (filosóficos, teológicos, etc.) que no son objeto de sus investigaciones académicas pero sí de sus inquietudes, digamos, «existenciales». Este libro pretende de algún modo llenar estos vacíos. También quiere constituir una síntesis de sus libros anteriores. Quien no haya leído nunca ningún libro de Rius-Camps encontrará un resumen de sus investigaciones en los ámbitos patrístico y bíblico. Pero quien ya esté familiarizado con su obra probablemente quedará sorprendido por la profundidad de sus intereses de fondo y por episodios desconocidos de su vida: una vida que no está hecha tan solo de hechos exteriores (seminario, estudios en Roma, investigación en Alemania, retorno a Cataluña, etc.), sino también de acontecimientos interiores no siempre fáciles de traducir en palabras.

Dialogar con Josep Rius-Camps ha sido para mí un auténtico lujo. Estoy convencido de que, para el lector, también lo será leer el resultado.

IGNASI MORETA  
*Barcelona, febrero del 2014*

## I

### MÁS ALLÁ DEL CUERPO

—*Eres sacerdote católico y profesor de la Facultad de Teología de Cataluña, tienes una larga trayectoria como patrólogo y como biblista y, al mismo tiempo, estas etiquetas te estorban. ¿Cómo quieres ser presentado, entonces?*

—Evidentemente, nazco identificado en una familia; vienen después los años de seminario, que quiere decir que ya he hecho una opción, pero que la he hecho porque hay unos condicionamientos que me han llevado hasta ella; constato que los planes de estudio se me quedan cortos, quiero ir más allá, tengo muchas más preguntas que las que me plantean, tengo preguntas nuevas que no me acaban de responder, no hay posibilidad en ese momento de darles respuesta. De repente se abre un campo, después de cursar tres veces teología: en Cataluña, en la Universidad Gregoriana de Roma y en el Pontificio Instituto Oriental de Roma; la ida al Oriental de Roma había supuesto, además, prácticamente un cambio de paradigma, un salto de Occidente a Oriente, aunque fuera solo en el ámbito académico... Pues bien, de repente se abre un campo: experimento un cambio que coincide prácticamente con la ida a Alemania, donde descubro un ambiente de estudio muy serio, la universidad, donde preparo la tesis. En ese momento es cuando miro hacia

atrás todo el camino que he hecho, y me planteo: ¿Valdré yo como investigador?

Yo ya había investigado, ya había hecho trabajo de campo, pero todavía era insuficiente para empezar a escribir una tesis, y mi pregunta era: ¿Vale la pena seguir adelante con esto, los resultados serán suficientes para dedicarle toda la vida? Esta pregunta me la planteé muy seriamente.

—¿Te sentías inseguro cuando empezaste la tesis doctoral?

—Mucho, porque nadie me había dicho nunca si yo servía para hacer aquello. Me habían orientado para ser cura de parroquia; yo no me veía como cura de parroquia, pero no tenía otra opción. Además, en mi curso del seminario había gente que sobresalía, era un curso muy interesante, y a algunos los enviaron a Roma, a Salamanca... A mí no me había mirado nadie, pero yo tenía ganas de seguir estudiando. Había tenido buenos contactos con algunos profesores, como el doctor Isidre Gomà, pero él no era persona para orientarte y decirte por dónde podías ir. Yo veía la necesidad de seguir estudiando, y el obispo me dio permiso para ir a Roma.

Después fui a Alemania, ya con todos los cursos hechos y con una tesis doctoral para redactar. Me dieron la beca Alexander von Humboldt, sin ser aún doctor.

—Si te hicieran un test de inteligencia, ¿saldría que eres superdotado?

—No me lo han hecho nunca. De hecho, en el curso éramos dos o tres los que despuntábamos. Mis hermanos mayores, Jordi y Joan (yo soy el tercero de doce), eran unos grandes artesanos, y yo para esto era negado. Tampoco era un enamorado de la lectura, pero captaba las cosas enseñada. Aprendí a leer cuando mi madre enseñaba a mis dos hermanos mayores. He sido muy autodidacta.

—Si ponemos en la solapa de un libro que «Josep Rius-Camps es sacerdote y profesor de la Facultad de Teología de Cataluña», esto te «cosifica» y te sientes incómodo. ¿Por qué?

—Porque no me define. En la vida hay unas cosas que te orientan hacia una determinada dirección de la que yo no he renegado, pero con la que no me identifico. Por ejemplo, con el cuerpo clerical; no me identifico con él, aunque lo respeto y formo parte de él. Con la palabra *profesor* tampoco. Si hay una palabra que me puede definir es *investigador*. Cualquier cosa me cuestiona. Y esto viene ya de pequeño.

—¿Cómo entiendes el sacerdocio?

—Para mí es una función que ejerzo los domingos y alguna vez entre semana, en la celebración de la eucaristía, con los contactos que tengo con la gente. Generalmente, no hago muchos bautizos, comuniones ni bodas, no soy un cura de parroquia. Si no hubiese ido a Roma, me habrían metido en una parroquia desde el inicio. En Alemania tuve interés en tener contacto con los españoles y hacía de cura los sábados y domingos, pero era algo que hacía al margen de lo que era importante para mí, que era la universidad y la investigación que llevaba a cabo.

—El sacerdocio para ti va vinculado a la dimensión cultural.

—Cultural, sí, en una comunidad.

—¿Animador de una comunidad y relacionado con una liturgia concreta?

—Sí.

—Pero tú no te levantas cada mañana pensando «soy sacerdote», sino pensando «soy investigador».

—Lo que a mí me da ganas de vivir es ir descubriendo. Es como si te metieras dentro de una espiral que va siempre más adentro, y vas descubriendo nuevas cosas allí

dentro y sabes que nunca llegarás al final, pero el hecho de descubrir te anima a seguir adelante. Nunca he sabido a qué se debió el hecho de que de pequeño dijera que quería ser cura, a los siete años. Mi madre se lo tomó muy en serio, y yo también. Era muy pequeño. Mi madre tenía muchas ganas de que lo fuera.

—Normalmente, cuando preguntas a un sacerdote que ha destacado en otros campos cuál es la dimensión más importante de su vida, te habla enseguida de su condición sacerdotal. Tú, en cambio, parece que reconoces abiertamente que llegaste al sacerdocio casi por accidente. A los siete años, dentro del clima de una época (el nacionalcatolicismo, una familia creyente, etc.), dices que quieres ser cura, tu madre lo alimenta y, finalmente, te haces cura, pero podría no haber sido así. Parece que, en ti, la condición de sacerdote no es central, sino más bien fruto de las circunstancias.

—Sobre todo a medida que vas descubriendo que no es tu vida. Lo normal de un sacerdote es que regente una parroquia, aunque hay excepciones. Lo que yo tenía claro es que a mí me decía mucho más la investigación que no que me pusieran en una parroquia. Efectivamente, no era exactamente mi ideal. El hecho de ser sacerdote lo viví con mucha fuerza, me sentía muy bien y no notaba ningún rechazo (aunque cuando iba por la calle con sotana y la gente me miraba de reojo, no me sentía nada bien), en la familia era muy bien acogido. Sin embargo, esto a mí no me llenaba, no me identificaba con este ideal: lo tenía, lo había asumido, pero no me identificaba con él. Además, yo no veía claro que fuera un buen sacerdote. Tenía ganas de estudiar y me lo busqué. Me dieron el permiso casi a escondidas: pude ir a Roma porque me lo pagaba yo. Hice un llamamiento a

toda mi gran familia para que no me hicieran regalos por la ordenación, sino que me dieran dinero para irme a Roma; en aquellos tiempos fui con treinta mil pesetas, que era un capital. Era el año 1957. Y aquí deriva ya el asunto. En la Gregoriana cursé dos años de estudios complementarios de teología. Consideraban que la teología que nos habían enseñado no era suficiente, y nos lo hacían repetir todo, sobre todo en el examen final, que constaba de cien tesis.

—¿Ya te habías ordenado sacerdote, entonces?

—Sí.

—Tú fuiste con sotana...

—Hasta el Concilio, prácticamente.

—¿En el seminario menor todavía no?

—Sí.

—O sea: ¿un chico de trece años ya iba con sotana?

—Sí, con sotana y bonete los domingos. Y el bonete lo utilizábamos de portería de fútbol. Cuando fui a Roma, todavía iba con sotana. Durante el Concilio ya llevaba *clergyman*.

—Americana, pantalones y alzacuellos blanco.

—Sí. Yo ya había estado en Alemania dos veranos y allí era normal llevar *clergyman*, y en Roma ya se podía hacer. No recuerdo el momento en que lo permitieron.

—Luego te sacarás también el *clergyman*. ¿Renunciar al traje clerical significa también renunciar al sentido de cuerpo, al hecho de identificarte con el cuerpo clerical?

—Identificarse con un cuerpo, en el fondo, te da seguridad: perteneces a un estamento y compartes los valores que hay dentro de ese estamento. Y eso enseguida te diferencia de los demás y te distancia de algún modo. Incluso puede darse el caso de que la identificación sea tan fuerte, que llegues a considerar al otro como enemigo.